REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

Lo que sembramos, cosecharemos

A mediados del año 2007 viajé a Phoenix, Arizona, donde fui invitado por una organización dedicada a paliar el hambre y la pobreza en diferentes partes del mundo llamada Food for the Hungry. (Comida para el hambriento) Habíamos llegado de diferentes partes del mundo, tales como la India, Japón, Hungría, España, Alemania, de Nigeria y Ruanda en África, de Brasil, Perú, Bolivia y otros países latinoamericanos. Allí escuché muchos testimonios de lo que la iglesia está haciendo por su comunidad. En especial me impactó el testimonio de Robin Steen, oriundo de España, quien nos describió lo un grupo de jóvenes hicieron en Myanmar (o Birmania) que en aquel entonces estaba bajo un gobierno militar. Era una nación muy atrasada y empobrecida. El 90% es de religión budista y apenas el 5% de cristianos. Por eso, no solo se enfocaron en la enseñanza de la Biblia, sino en enseñar computación y diferentes oficios para sacarlos de la pobreza. Nos mostró fotos de jóvenes limpiando la ciudad, incluso los edificios y los baños llenos de mugre de los budistas. Con su ejemplo de servicio desinteresado bendijeron a su comunidad y su siembra produjo buenos y abundantes frutos.

El apóstol Pablo imaginó a la comunidad como un predio o un campo que necesita ser cultivado. Debe ser desmalezado, arado y sembrado para que produzca lo mejor. También Jesús lo imaginó de la misma manera cuando explicó la parábola del sembrador diciendo “el sembrador es el que siembra la palabra” (Marcos 4:3) en este caso la semilla es la palabra de Dios, pero en otra parábola la semilla son los hijos de Dios, diciendo “el campo es el mundo, y la buena semilla son los hijos del reino” (Mateo 13:38) Y para el apóstol Pablo, la semilla es lo que hacemos por otros, lo que hacemos por la comunidad. También nosotros podríamos imaginar a nuestra comunidad, a nuestros amigos, nuestros compañeros de trabajo o estudio, o nuestros vecinos como un campo en el cual debemos trabajar tratando de lograr algo bueno. Pero para lograr algo bueno debemos sembrar lo bueno.

“No se engañen, Dios nos puede ser burlado, pues todo lo que el hombre sembrare eso también cosechará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”. (Gálatas 6:7-8) Y nos preguntamos ¿qué quiso decir? Es evidente Pablo que sigue el mismo pensamiento al preferirse previamente a las obras de la carne

que incluye “enemistades, pleitos, celos, iras contiendas disensiones, herejías, envidias, homicidios” y si uno da lugar a todo esto, sin lugar a dudas cosechará corrupción. En otras palabras, cosechar corrupción es hacer que todo se pudra. Y también nosotros utilizamos la misma expresión cuando decimos “La reunión estuvo bien, hasta que se levantó uno para insultar al que tenía la palabra, y cuando le respondió de la misma manera se pudrió todo, y comenzaron a arrojar sillas, se trenzaron con golpes y lucha cuerpo a cuerpo, corrió sangre y hubo muchos heridos”. Evidentemente, se pudrió todo.

¿Por qué? Porque se sembró para la carne con el enojo, la ira, con el disenso, con la violencia y todo se corrompió, se pudrió todo. Y esto puede ocurrir en cualquier comunidad, tanto en la iglesia como en la convención. Si se siembran estos sentimientos en la familia, la familia se destruye. Si se siembran estos sentimientos en una empresa o fábrica, el ambiente se vuelve pesado. Se tratan mal unos a otros que derivan luego en huelgas violentas y agresiones. Si se siembran estos sentimientos en cualquier ámbito, en los centros educativos, en los clubes deportivos, en las instituciones, todo se pudre, todo se corrompe.

Pero Dios nos puso en una comunidad para que sembremos semillas que después de brotar y crecer comiencen a producir buenos frutos, que son los frutos del Espíritu. El texto dice: “mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará la vida eterna”. Y anteriormente ya se había referido a la siembra del Espíritu que produce un fruto completamente diferente, porque el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”.

Pero un fruto es el resultado de un proceso que requiere tiempo. Nadie siembra hoy y cosecha al día siguiente. El crecimiento de la semilla que plantamos lleva tiempo. Quiero darles un ejemplo. Un hombre le dijo a su consejero que su matrimonio no daba para más y que pensaban divorciarse, que ya no se querían, que el amor había muerto. Entonces el consejero matrimonial le pidió que le contase cómo había conocido a su esposa. Y le respondió que al principio ella no quería saber nada de él, pero él decidió conquistarla. Así le enviaba flores, la elogiaba en lo que hacía, valoraba sus intereses, se preocupó por ella cuando se enfermó, y estuvo para animarla. Así que, el amor nació en ella también. Y cuando le propuso matrimonio, dijo que sí. Entonces el consejero le dijo, que debía hacer lo mismo que hizo cuando la conoció. Debía sembrar en ella las mismas semillas. Con el tiempo, porque no fue inmediato, el amor resurgió.

Lo mismo ocurre con la fe. La fe no crece si es plantada en las dudas, la desconfianza, o la crítica ni en los juicios condenatorios. La fe crece con la Palabra de Dios, la fe crece con la confesión de fe, la proclamación de fe y con los testimonios de fe; la fe crece con la lectura de la biografía de hombres y mujeres de fe.

Todos los demás frutos del Espíritu también surgen cuando se plantan buenas semillas, pequeñas semillas, con pequeños gestos que son semillas que tienen vida en sí mismas, por lo tanto, brotan y producen frutos. Frutos como el gozo, la alegría o las risas que inicialmente se siembran comenzando con una sonrisa o con una pequeña atención, "vuestra gentileza sea conocida a todos los hombres" diría Pablo. Lo mismo se puede decir de la paz interior la cual no surge de la nada sino que se genera en nuestras oraciones. Filipenses 4:6-7 "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias, y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús". Y así podríamos continuar con todos los frutos del Espíritu, que aparecen solamente cuando los hemos sembrado, labrado, abonado, regado día por día.

¿Qué clase de semillas sembraremos hoy? La cosecha de mañana será el producto de nuestra siembra hoy.

Alberto Prokopchuk
Presidente